

los sentidos perciben la inmovilidad de la tierra, pero no perciben la relación que hay entre el movimiento de los astros y la imposibilidad de que la tierra esté inmóvil. Por eso decía, y con mucha justicia, Spinoza: «Si una piedra lanzada en el espacio pudiera pensar, se imaginaría ciertamente que ella *volaba* porque *quería* volar, y no por la fuerza de la gravedad.» Lo mismo el hombre; se imagina que *quiere* porque es libre para *querer*, y no porque su voluntad sea efecto de causas anteriores, de leyes de *gravitación* (permítaseme la palabra), de *gravitación físico-química* (nervios), *psíquica* (constitución del cerebro), *sociológica* (herencia, sentimientos, opiniones sociales). En todos los casos (enseña la psicología), en que llegamos á ser conscientes, á tener conciencia de ciertos estados de nuestra alma que son la consecuencia de los que no tenemos conciencia, inventemos, desde luego, para estos estados conscientes motivos que satisfacen nuestra necesidad psíquica de tener una clara causalidad, y nos persuadimos de que nuestra explicación es verdadera.

79. ¿Y el orden moral, se dirá, á qué viene á quedar reducido el orden moral, la responsabilidad moral, la conciencia, esa conciencia que palpamos, ese sentimiento interno de aprobación ó censura que nos hace Jueces de nosotros mismos? Pues esa conciencia queda intacta; únicamente que el análisis científico despoja á ese fenómeno de la conciencia de la fraseología metafísica y literaria, de los tropos y personificaciones retóricas que convierten á ese fenómeno en una rapsodia homérica ó en un juego de marionetas; y dejándolo subsistir, investiga, explica y legitima en el orden de la realidad psicología y social el origen, evolución y funciones indestructibles de ese fenómeno. Podría suceder que el aná-

lisis científico destruyese las opiniones y sentimientos vulgares sobre moral fundados en la libertad; pero si así fuese, no serían culpables los psicólogos, sino la *naturaleza*, esa gran culpable que desmentía las ilusiones humanas, ¿es acaso culpable el médico porque predice una enfermedad? El culpable será la enfermedad, el culpable será la naturaleza que ha dejado al hombre sin *móviles* morales libres; pero nunca el sabio que descubre esa falta de la naturaleza. Este linaje de argumentos muy empleados en ciencias sociales y morales no son otra cosa que el egoísmo de nuestras mezquinas ideas y opiniones frente á frente de la realidad; así Leroy Beaulieu combate la teoría orgánica de la sociedad con el argumento de que favorece el socialismo, y los defensores de esa teoría le contestan y con justicia: «ese argumento equivale á este otro; la noción de la movilidad es de la tierra, favorece el ateísmo, *luego* la tierra está inmóvil. Un químico no se preocupa de las consecuencias de una teoría científica; puede estudiar la naturaleza sin ideas preconcebidas y arrancar sus secretos á sus leyes; no se trata en psicología, lo mismo que en química, en física, en matemáticas, de saber si tal explicación favorece éstos ó aquellos sentimientos, éste ó aquel orden de cosas, éstos ó aquellos gustos y aspiraciones; se trata únicamente de saber si es verdad ó no es verdad tal hecho ó tal relación de causalidad; la ciencia es *investigación de verdades*, agradables ó desagradables, no combinación diplomática, poética ó discurso oratorio para favorecer ésta ó aquella creencia. Si la moral aceptada es una verdad, si la conciencia libre es otra verdad, si esas dos verdades son la base de otras verdades sociales, entonces será falsa toda teoría ó explicación que niegue esas verdades y deberá combatirse por *falsa*, no por *inmoral*, porque si es verdadera, nada se obtiene con de-

clararla contraria á la moral, pues entonces resultará sencillamente que la *moral es falsa* (1).

(1) ¿Qué relación hay, dice Complowicz, entre la comprobación objetiva de hechos y las creencias y esperanzas subjetivas? Allí donde estas dos esferas están confundidas, allí donde reina la opinión de que los estudios científicos no deben alejarse de la dirección de nuestras creencias y esperanzas, sino que deben seguirlas paralelamente, allí no puede haber ciencia objetiva posible, porque ella está de antemano subordinada á nuestras creencias y esperanzas; y así se vuelve á la situación de la edad media en que la filosofía era considerada como sirviente de la teología. Pero si se subordina así la ciencia á la áncora compasiva y misericordiosa de la fe y de la moral, esto no es sino la consecuencia de un segundo error, á saber: que las conclusiones de la ciencia que no estén en armonía con nuestra moral aceptada, deben tener por efecto la caída de esta moral; y este error proviene de la creencia de que nuestra moral reposa sobre nuestro saber contemporáneo, y que por lo mismo debe caer al constituirse otro saber, aunque éste sea mejor y más justo. Ahora bien, *la relación (le lien)* entre nuestra moral y nuestro saber no es más que aparente, ha sido establecida por una filosofía *superficial* que desconoce *la verdadera fuente de nuestra moral*, y cree deber basarla sobre nuestro conocimiento contemporáneo del mundo, sobre los hechos admitidos por la ciencia contemporánea. Pero nuestra moral no resulta de nuestra ciencia (ni siquiera de nuestra teología ó religión, pues el mayor número de individuos ignora realmente su religión); ella es el producto de *un instinto vital inconsciente de los grupos sociales*, y no podrá ser dañada por la constitución de nuestra ciencia. Como hemos establecido una armonía entre nuestra moral y nuestra ciencia contemporáneas, estamos continuamente alarmados por el temor de que la desaparición de la ciencia no amenace la existencia de la moral; pero la sociología no tiene necesidad de participar de este temor Los moralistas se dan la importancia y toman la actitud de gentes que hubieran ellos mismas creado la moral y estuvieran llamados á defender su obra amenazada; pero la moral ha nacido sin el auxilio de la filosofía (es evolución de otro orden, como el desarrollo muscular distinto del desarrollo musical) y su existencia no depende de teorías sociológicas (ni de doctrinas religiosas ó metafísicas, sino á la inversa). Al contrario, es interés fundamental de la moral en el momento en que sus bases filosóficas *presuntas* comienzan á vacilar, reemplazarlas por otras que resistan mejor los ataques de la crítica; y en este sentido, la sociología que confirma los hechos hasta hoy mal conocidos y los pone en armonía con la moral hoy dominante, no sólo no es un peligro para la moral, sino lo contrario, es un nuevo sostén de ella."

80. La ciencia, en el sentido vulgar que se da al adjetivo moral, no es moral, ni inmoral; la ciencia se ocupa de investigar verdades sin preocuparse de su resultado en los sentimientos y opiniones humanos; pero si la moral es algo no puramente subjetivo y egoísta, si la moral es una *necesidad* real y positiva del orden social ó del orden humano en general, entonces esa necesidad será un fenómeno natural, una ley natural, y la ciencia no puede contradecirse sin negar ese hecho real y positivo; entonces la ciencia lo que hará es explicarlo más satisfactoriamente, á medida que más avanza en sus investigaciones. ¿La conciencia, en el sentido de *agente natural de evolución humana* de moralidad, existe, tiene una existencia no quimérica y metafórica, sino positiva? Pues la ciencia no podrá negar ese hecho, ni menos destruirlo; tendrá que aceptarlo, explicar sus verdaderas causas y sus verdaderas funciones, substituyendo á explicaciones metafóricas y fútiles, la verdadera explicación y las verdaderas funciones de ese fenómeno. «La ciencia, dice un autor, debe conformar su conducta al ejemplo de la construcción moderna de los puentes. Se deja tranquilo al antiguo puente, no se interrumpe el paso por él; solamente se construyen bajo de él nuevos pilares, y cuando ellos han tocado el piso del puente viejo, se quitan los pilares viejos y los postes, y las gentes sencillas creen muy honradamente el día menos pensado que siguen pasando por el puente habitual, cuando realmente pasan por un puente nuevo.» Así en el orden social, quitaremos el viejo y caduco puente del libre arbitrio y substituiremos el puente de la *evolución* necesaria del ser humano; y las gentes vulgares y honradas seguirán obrando por los mismos motivos que antes, sino que les darán un día (cuando el lenguaje social se transforme) su verdadero nombre á esos motivos, y en lugar de llamar-

les efecto del libre arbitrio, les llamarán efecto de la evolución; en lugar de decir «fulano es un malvado que debe ser *castigado*,» diráse «fulano no ha evolucionado al nivel del orden social y debe ser *eliminado*;» en vez de decir «yo me *arrepiento* de mi conducta,» dirá «yo siento *tristeza* de que mi voluntad no haya evolucionado hasta *querer* enérgicamente tal conducta.» Y *castigado* ó *eliminado*, *arrepentimiento* ó *tristeza*, el factor moral es el mismo, digo mal, es superior en fuerza psíquica social y científica el factor expresado por su verdadero nombre, que expresado por una palabra metafórica y ocasionada al desprecio del hombre razonador.

81. Así es como todas las revoluciones morales y sociales se han operado sin destruir lo que se llama orden moral; así es como debajo del puente viejo del politeísmo pagano se pusieron los pilares de la locura cristiana; así es como debajo del puente del Cesarismo católico puso el protestantismo los pilares de la independencia personal; así es como debajo de la constitución gótica de la sociedad, cuya supresión, según De Maistre, traería la anarquía universal, se pusieron los pilares nuevos de la democracia; y el mundo después de esas substituciones ha seguido caminando por el piso viejo de una moral universal, creyendo que tiene las mismas bases, cuando ellas han cambiado, cuando no hay quien crea en el origen divino de las dinastías, sino en la soberanía popular; cuando no hay quien acepte el derecho divino de quemar á los herejes, sino el derecho de libertad de conciencia; cuando no hay quien deje de condenar los derechos del amo sobre el siervo y todos aceptan la libertad del trabajo; cuando todos los pueblos cultos proclaman el divorcio, cuando los derechos naturales de progenera y herencia desaparecen ante la libre testamentificación.

82. Si la moral es una *realidad*, no puede estar opuesta á la ciencia, porque la ciencia no se ocupa sino de escudriñar las *realidades*; si es una farsa hipócrita, ningunos respetos merece. La moral, como luego veremos, ó es una regla transitoria de las necesidades de conciencia informada en concepciones, sentimientos é ideas correspondientes á determinado estado intelectual, y en este caso debe corregirse á medida que el espíritu corrige sus errores y cambian los conocimientos sobre las causas de los fenómenos sociales; ó es la orientación, el desenvolvimiento de los sentimientos altruistas, de los sentimientos humanos en sentido de la plenitud de vida de todos los seres, y en este caso la ciencia tiene que reconocer ese hecho, esa evolución, como una ley natural de la especie humana, y todos los esfuerzos de una falsa ciencia para destruir ese hecho *natural*, ese efecto ineludible de la evolución del género humano serán impotentes. La voluntad humana seguirá su *ley natural* de progreso, digan lo que quieran las especulaciones psicológicas y filosóficas; y las fórmulas de *libre arbitrio*, *fatalismo*, *Providencia*, *determinismo*, *causalidad necesaria* y cualesquiera otras con que el espíritu humano exprese su manera de comprender esa *ley natural*, no alterarán en nada esa *ley natural*. Bien puedo yo decir que *libremnte escribo* la presente obra ó que la escribo *fatalmente*; de todos modos lo cierto es que hay *causas extrañas* á mi *voluntad* actual que han determinado esta *voluntad* á escribir la presente obra, y causas que yo siento ser ineludibles; pues en vano los estímulos del egoísmo, el más poderoso de los agentes de los actos humanos, me dicen que esta obra no me dará beneficios pecuniarios, me acarreará los insultos de los fanáticos, me enajenará las simpatías de centenares de personas, me privará del tiempo necesario para mis labores de Abogado y no me

traerá ventaja alguna; en vano todos esos estímulos pretenden imponerse á mi *voluntad*; á pesar de ellos, esta obra, este laborioso, este penoso estudio saldrá bajo el imperio de otra *causa* que ciertamente yo no he creado, no he sido su autor, bajo el imperio de una tendencia *irresistible* de mi carácter á escudriñar la verdad ó lo que yo creo la verdad, y enseñarla bajo el imperio de estudios que mi profesión me ha obligado á cultivar, bajo el imperio de corrientes intelectuales de la época en que nací y que son extrañas á mi libertad, bajo el imperio de una *comezón enérgica*, ineludible, de condensar en una pequeña obra el estado actual de la filosofía del derecho.

83. Así, tanto en el individuo como en el grupo social, las corrientes intelectuales, el desarrollo de la inteligencia son el factor más importante, la causa más directa de los actos humanos; y ¿depende del individuo ó de la sociedad el grado de inteligencia, el grado de progreso intelectual, la suma de conocimientos que posean? No; tan inevitable es que un conocimiento engendre otro, que una civilización produzca otra civilización, como ineludible es que al cambiar el estado intelectual de un pueblo cambie su modo de obrar, que al cambiar las ideas y conocimientos de un individuo cambie su conducta, que cada individuo obre según el desarrollo de su espíritu, según su capacidad intelectual, capacidad que no es obra suya. Cuando un crítico del historiador inglés Seeley concluye su severa censura con estas frases: «Seeley ha combatido en brecha la voluntad humana, y el éxito de su obra es uno de los triunfos de la *voluntad* humana,» cuando así se quiere acusar de contradicción y paradoja al escritor inglés, no advierte el crítico francés que el es quien incurre en contradicción, porque él mismo al admirar el triunfo de la *voluntad* de ese historiador, no

advierte que esa voluntad no pudo creer otra cosa que lo que escribió, ni obrar de otra manera de como obró; no advierte la inconsecuencia de lo que dice ese crítico, al decir que hay *fuerzas morales*, pues si existen y se *encarnan* en un Seeley para hacerlo dominar obstáculos terribles, ¿por qué no se encarnan en los caracteres débiles, en los caracteres bajos, en los caracteres perezosos? He aquí el problema; nadie sabe por qué es lo que es; el problema de los caracteres morales excepcionales y de las inteligencias privilegiadas es un problema no resuelto (á pesar de las teorías de Nordau); no se sabe por qué ciertos individuos tienen inteligencia excepcional y voluntad excepcional; pero sí se sabe que no es su libertad, su capricho la *primera causa* de esas excepcionalidades (1).

84. Ha sido necesario esta larga exposición de los fenómenos de la voluntad y esta demostración de que los actos humanos no pueden substraerse á la ley de causa-

(1) ¿Qué sentido damos, pues, á la palabra *libertad*, se nos preguntará? Uno muy sencillo: entendemos por libertad *la facultad que tiene el hombre de obrar por impulsos intelectuales, reflexivos y de previsión, con dirección á un fin general ó altruista*. A medida que imperan en nuestros actos combinados la inteligencia y el sentimiento de nuestra dignidad en el universo y de nuestras relaciones con el conjunto de los seres, los móviles de nuestra conducta cambian; nos sentimos determinados á obrar por factores ó sentimientos más elevados; nos emancipamos de factores ó agentes groseros. El hombre que ha dominado sus instintos salvajes está *libre* de ellos, el hombre que ha dominado sus pasiones está libre de ellas, el hombre que no sufre la coacción del poder público está *libre* de ella, el hombre que no obra por solo sus estímulos egoístas está *libre* de ellos, el hombre que vence por la industria y el progreso los obstáculos materiales está libre de ellos; pero el hombre que obra por sentimientos de interés general ó ideales nobles y á la luz de una inteligencia que conoce las leyes del universo, ese hombre ha llegado á no tener más que una *ley*, una servidumbre, la de la *moral* y de la *verdad*; todas las otras servidumbres inferiores han desaparecido; y esta última servidumbre es una servidumbre nobilísima, como lo proclaman los mismos teólogos. *Rationabile obsequium*, le llama San Pablo.

lidad, de que ellas son efectos de una serie de fenómenos anteriores, fenómenos fisiológicos, psíquicos, sociales, etc., porque bajo la teoría del libre arbitrio, del capricho, de la imprevisión de los actos humanos, toda ciencia social es imposible. Si el *capricho* y el *azar* del libre arbitrio son la causa de los actos de todos los individuos que forman el grupo social, ¿qué ciencia es posible que exista respecto del azar? La ciencia es el conocimiento de *leyes constantes y uniformes* que rigen los hechos; y no son posibles leyes, ni uniformidad, ni consistencia respecto de hechos que se suponen regidos por el azar; si al contrario, ellos son susceptibles de ser previstos, porque obedecen á causas generales, conocidas no en todos sus pormenores, pero sí en sus más abultadas manifestaciones, entonces no puede afirmarse que el azar del libre arbitrio exista, porque libre arbitrio y azar en la conducta humana son cosas idénticas.

85. La sociología no puede existir sino porque es una verdad que los fenómenos sociales, esto es, el conjunto de actos de los individuos que forman un grupo social, obedecen á causas permanentes y uniformes ó son efecto de causas permanentes y uniformes. La sociología no puede existir, como todas las otras ciencias, sino reconociendo la ley de la causalidad de los actos sociales; lo mismo y en el mismo sentido que la física no puede existir sino reconociendo la causalidad de los fenómenos de gravitación. La sociología no se compadece ni con el libre arbitrio, ni con el fatalismo, ni con una Providencia arbitraria; no se compadece con el azar, porque entre el azar del libre arbitrio y ciencia hay la misma oposición que entre lo que tiene causas conocidas ó cognoscibles y lo que no está sujeto á causa apreciable; no se compadece con el fatalismo, porque la ciencia es el conocimiento de causas generales cognoscibles y el fatalis-

mo es el hado misterioso que obra por capricho; no se compadece con la idea de una Providencia arbitraria, porque si los designios de ella son ocultos y secretos no puede la ciencia conocerlos y no pudiendo conocerlos no hay ciencia posible. «La Providencia, dice profundamente «Malebranche, no interviene jamás en el mundo por voluntades particulares (actos especiales para cada caso); «ella no obra sino por voluntades generales (por el orden «universal que ha establecido); pero voluntades generales «que *no sufren excepción* son en verdad *algo más que parecer á leyes necesarias*. ¿Qué puede ser para el hombre «una Providencia á quien las plegarias no le hacen cambiar las leyes inmutables del orden universal; *esclavo* de «sus propias decisiones, eternas é inmutables?» Ah! lo que puede hacer es gozarse en ser *instrumento inteligente*, no instrumento mecánico, instrumento movido por medio de la *luz de la inteligencia*, instrumento que, precisamente se ennoblece al serlo, puesto que lo más noble que existe en el mundo es la inteligencia, y mientras mayor inteligencia tiene el hombre, mientras mayor caudal recibe de luz espiritual, más elevado es su puesto en el seno de la creación. Y aun en la marcha del universo, su sacerdocio en los designios de la Providencia ó de la Naturaleza será necesaria, será efecto necesario, efecto no libre; pero en todo caso es efecto de una asociación nobilísima á esos designios, porque la cooperación del hombre no será la cooperación de la máquina, no será la cooperación del instinto, sino cooperación *intelectual* y *cooperación de amor*. El hombre es un instrumento, pero un instrumento de *inteligencia* y de *voluntad*; él no se ha dado a sí mismo esos dos dones inestimables; pero los posee, y esto basta para su dignidad (1).

(1) Los modernos estudios psicológicos han llegado á precisar con bastante exactitud las causas generadoras del carácter y por lo mismo de la con-